

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA,
LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

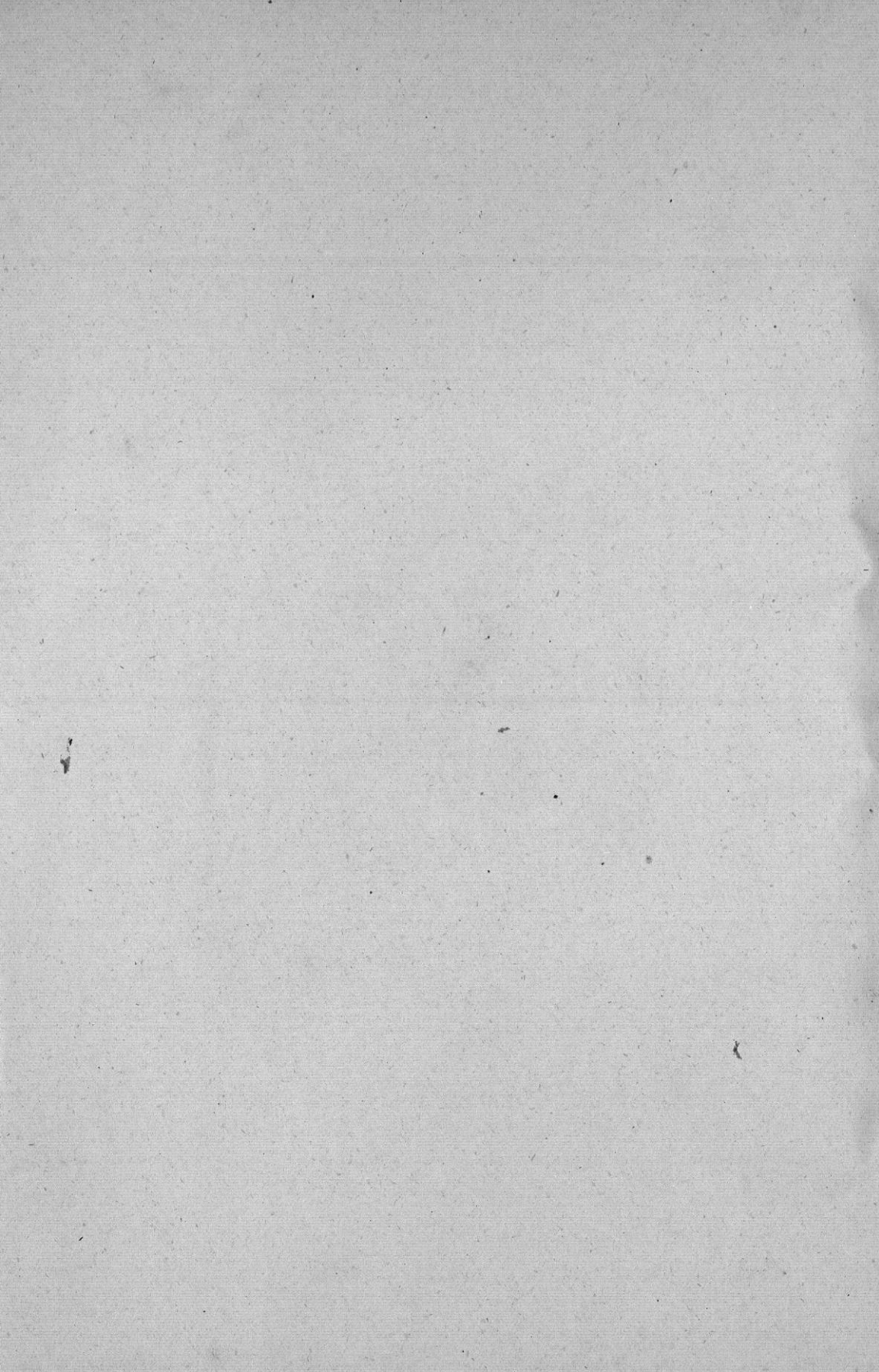
AÑO 1945 - N.º 9



SEVILLA

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

IMPRESO EN SUS TALLERES GRÁFICOS



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1945



Tomo IV
N.ºs 9-10-11

SEVILLA
PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
Imprenta de la misma

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO

Artículos

	Núms.	Páginas
Bernal Zurita, Miguel.— <i>Sebastián Fox Morcillo, Hispalense</i> ..	10	201
Carreras Sanabria, Manuel.— <i>En memoria del M. I. Sr. don Miguel Bernal Zurita</i>	10	199
General Bermúdez de Castro.— <i>Sevilla el Peleador, Regimiento de Infantería n.º 40</i>	9	31
Luna, José Carlos de.— <i>Tres Puertos</i>	9	5
Llordén, P. Andrés, O. S. A.— <i>Los Agustinos en la Universidad de Sevilla</i>	9	11
Petit Caro, Carlos.— <i>La Cárcel Real de Sevilla (1)</i>	11	309
Romero Martínez, Miguel.— <i>Traducción de cuarenta y cinco odas de Horacio (IV-V)</i>	9-11	67-363
Sancho, Hipólito.— <i>Cinco lustros de la historia gaditana (VI)</i> ..	9	53
Sancho, Hipólito.— <i>Alejandro de Saavedra, entallador</i>	10	121
Toro Buiza, Luis.— <i>Origen y dignidad del toreo y la Plaza del Arenal de Jerez de la Frontera en el siglo XVIII</i>	11	349

Miscelánea

Cos Soriano, Agustín.— <i>La llama del amor en la poesía de Fernando de Herrera</i>	10	227
Hernández Díaz, José.— <i>De iconografía mariana. Interpretación plástica de un capítulo del Apocalipsis</i>	9	91
Hernández Díaz, José.— <i>Nuevos datos de Velázquez, Murillo y Valdés</i>	10	225
Llordén, P. Andrés, O. S. A.— <i>Un maestro rejero vecino de Sevilla, trabajó para la Catedral malagueña</i>	11	387
Montoto, Santiago.— <i>La fiesta de la Hermandad Sacramental del Salvador y dos sonetos inéditos de Miguel Cid</i>	10	245
Ponce de León Almazán, Brígido.— <i>Análisis químico de las aguas potables de Sevilla en 1765</i>	10	239
Toro Buiza, Luis.— <i>En el Instituto británico</i>	11	395
Vázquez, José Andrés.— <i>Una restauración en la Giralda</i>	11	383

Libros

« <i>Vida y hazañas de don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba</i> ».—Antonio Ossorio. Traducción de José López Toro	9	101
--	---	-----

	Núms.	Págians
«La Casa del Infantado, Cabeza de los Mendoza».—Cristina de Arteaga y Falguera	9	103
«Santa María del Buen Aire».—Antonio Hernández Parrado	9	104
«Una biblioteca de traductores».—José María Casas Homs ...	9	105
«Itinerario sentimental de los portugueses en Sevilla».—Antonio de Cértima. Traducción de José Andrés Vázquez.	10	251
«Manual de conocimientos técnicos y culturales para profesionales del libro».—Francisco Vindel.	10	253
«El Almirantazgo de Castilla hasta las capitulaciones de Santa Fe».—Florentino Pérez Embid	10	254
«El mudejarismo en la arquitectura portuguesa de la época manuelina».—Florentino Pérez Embid.	10	263
«Un cronista desconocido de Carlos V».—José de la Peña y de la Cámara	10	256
«Jardín de María».—Juan Rodríguez Mateo.	10	256
«En mis soledades».—Antonio Llopis Sancho.	10	258
«La escritura y el libro».—Prof. Dr. O. Weisc.	10	259
«Encomio de Fernando Alvaraz de Toledo, Duque de Alba».—Joaquín Calvete de Estrella. Traducción de José López de Toro	10	260
«La Hermandad de Santa María del Buen Aire de la Universidad de Mareantes».—Celestino López Martínez.	10	262
«Censo de las comunidades religiosas en la provincia de Sevilla».—Celestino López Martínez.	10	263
«El restaurador de la Compañía de Jesús, Beato José Pignatelli y su tiempo».—P. José M. ^a March, S. J.	11	409
«Espadas y quillas de un pueblo heroico».—Cristóbal Real ...	11	405
«En las Tierras de oro del Imperio del Sol».—Cristóbal Real.	11	406
«Un biombo mejicano del siglo XVIII».—Enrique Marco Dorta.	11	407
«Cartas de fray Jerónimo de San José al cronista Juan F. de Ustarroz».—Edición preparada por José M. Blecua.	11	408
«Anuario estadístico, 1943. Provincia de Sevilla».—Celestino López Martínez	11	411
«Carlos V y sus banqueros».—Ramón Carande.	11	412
«Apuntes históricos de los conventos sevillanos de residencias agustinas».—P. Andrés Llordén, O. S. A.	11	418
«Ideas contables».—Miguel Muñoz Arbeloa.	11	420

Crítica de Arte

Pintura, por Antonio Sancho Corbacho.	9	107
Música, por Norberto Almandoz.	11	425

Crónica

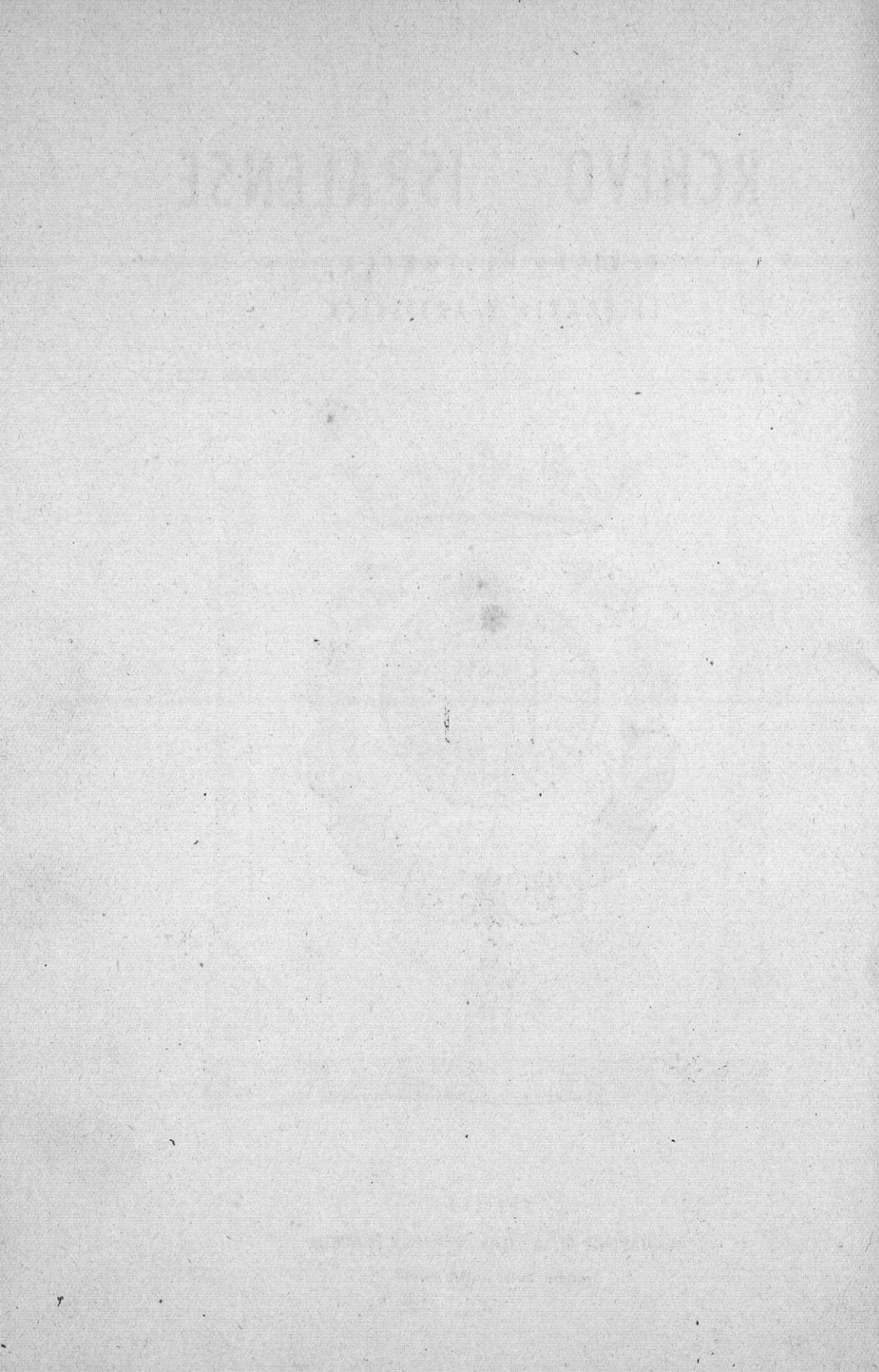
	Núms.	Páginas
Por el Cronista Oficial de la Provincia.....	9-II	III-429.

Apéndices

<i>Apéndice documental de cinco lustros de la historia gaditana..</i>	9	I
<i>Discurso genealógico de la nobilísima y antigua Casa de los Tellos de Sevilla.—Licenciado Luis Fernández Melgarejo.</i>		
<i>Introducción y notas por Miguel Lasso de la Vega, marqués del Saltillo.....</i>	IO-II	265-435.

Fotografados

Seis ilustraciones del artículo «Sevilla el Peleador».....	9
Interpretación plástica de un artículo del Apocalipsis.....	9
Dolium mudéjar de Valencina (dos aspectos)	9
Capilla y retablo mayor de la Parroquia de Santa Cruz (antigua Catedral), Cádiz.....	IO
Retablo de la Real Capilla de Ntra. Sra. del Pópulo, Cádiz..	IO
Capilla mayor del Colegio de Santiago, de la Compañía de Jesús, de Cádiz.....	IO
San Lorenzo.....	IO
Fernando de Herrera, «el Divino».....	IO
Plano de la conducción de aguas a Sevilla desde la ermita de Santa Lucía.....	IO
Plano de la «Fuente del Arzobispo»	IO
Suerte de detener.....	II
La Plaza del Arenal de Jerez.....	II
Portada de un folleto sobre toros.....	II
Portada del libro de Morla Melgarejo.....	II
Portada de uno de nuestros libros de jineta más raros.....	II
Grabado en cobre del libro de Morla Melgarejo.....	II
Portada de una pieza rarísima de hípica.....	II



10

ARCHIVO

HISPALENSE

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ARCHIVO HISPANICO

REVISTA

ESTADÍSTICA



ACTIV

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1945



Tomo IV
N.º 9

SEVILLA
PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
Imprenta de la misma

Excma. Diputación Provincial de Sevilla

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

1945	SEGUNDA ÉPOCA	NÚM. 9
------	---------------	--------

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. Ramón de Carranza y Gómez, Marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Juan Candau Candau.—D. José Hernández Díaz.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. Manuel Justiniano, Director del Archivo de la Diputación Provincial.

SUMARIO

ARTÍCULOS ORIGINALES

	Págs.
José Carlos de Luna.— <i>Tres Puertos</i>	5
Andrés Llordén, O. S. A.— <i>Los Agustinos en la Universidad de Sevilla</i> . (IV).....	11
General Bermúdez de Castro.— <i>Sevilla el Peleador, Regimiento de In-</i> <i>fantería n.º 40</i>	31
Hipólito Sancho.— <i>Cinco lustros de la historia gaditana</i> (VI).....	53
Miguel Romero Martínez.— <i>Traducción de cuarenta y cinco Odas de</i> <i>Horacio</i> (IV).....	67

MISCELANEA

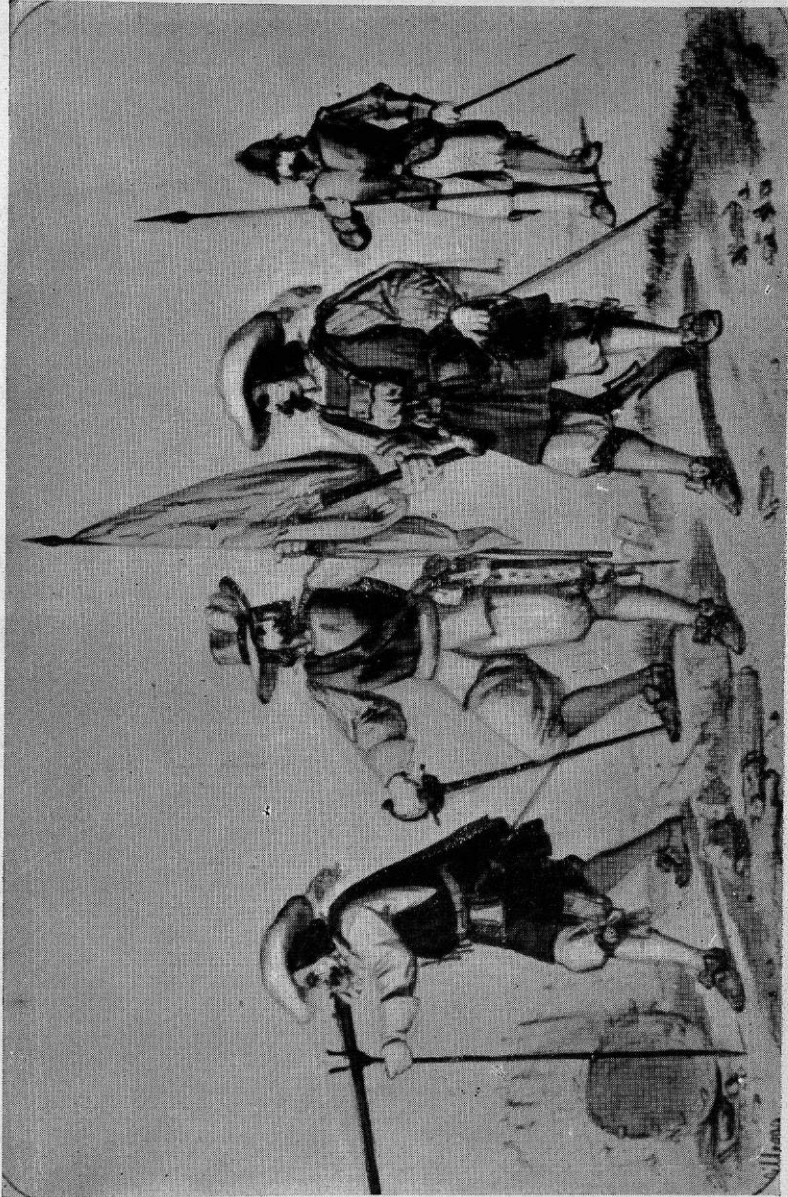
José Hernández Díaz.— <i>De Iconografía Mariana. Interpretación plásti-</i> <i>ca de un capítulo del Apocalipsis</i>	91
Antonio Martín de la Torre.— <i>Curiosidades artistico-históricas de una</i> <i>vasija morisca</i>	93
<i>Libros</i>	101
Antonio Sancho Corbacho.— <i>Crítica de Arte</i>	107
Cronista Oficial de la Provincia.— <i>Crónica</i>	111
<i>Apéndice documental de cinco lustros de la historia gaditana</i>	I

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Sevilla: 30 pesetas al semestre, 60 pesetas al año.—En el resto de España: 32 pesetas al semestre, 64 pesetas al año.—En Hispanoamérica, 33 y 65 pesetas, respectivamente. En el Extranjero, 34 y 66 pesetas.

DIRECCIÓN: APARTADO DE CORREOS 25 - TELÉFONO 23381

Uniforme
del Tercio
de la Arma-
da a su crea-
ción, año
1665.



SEVILLA EL PELEADOR.

REGIMIENTO DE INFANTERÍA N.º 40



PARA que un lector no se fatigase leyendo el Historial de cual siquiera Regimiento de Infantería Española, repleto de fechas, rebotante de Reales Ordenes, cambiando de uniformes y de equipos cada pocos años, reorganizándose continuamente sobre diferentes plantillas y recorriendo toda España y Europa y sus Indias y el Norte de Africa en continua variación de campañas y guarniciones, sería necesario intercalar entre tan numerosos y precisos datos la anécdota, el episodio feliz o desgraciado de sus hechos de armas, sus vicisitudes políticas, sus adelantos y actividades técnicas y los diferentes mandos, todo ello aderezado y servido con el estilo brillante de que carecen mis escritos a la manera prosaica y harto ruda.

Pero para empresa tan detallada y minuciosa sería también menester escribir varios volúmenes de los de tomo y lomo respetables y no un artículo de revista como el presente, cuyo exclusivo objeto es que los sevillanos conozcan, siquiera sea someramente, las andanzas y aventuras del valeroso Regimiento que lleva el nombre de su Patria chica.

Confieso que el cronista ha sentido miedo cervical antes de comenzar su acción histórica, como un recluta sin foguear. A las dificultades de la empresa hay que añadir la de que el manantial de noticias origen del curso de este Cuerpo a través de la historia no existe; diarios de operaciones y documentación completa desaparecieron totalmente en el terremoto marxista que estuvo a punto de derrumbar el Estado Español; el Regimiento estaba en Cartagena al estallar la roja rebelión; su Oficialidad, muerta o encarcelada y los soldados dispersos y absorbidos por la inmensa

ventosa de las multitudes comunistas; el glorioso descendiente del Tercio de la Armada dejó de existir. No se ha podido averiguar todavía (pero se averiguará alguna vez) si sobre la base de sus restos el desgobernado Gobierno Republicano lo volvió a reunir quizá con otro nombre; el populacho, entrando en el Cuartel a sangre y fuego, sació su instinto destrozándolo todo para destruir hasta el último rastro de lo que había sido representación del honor, de la disciplina, la lealtad, el patriotismo y el valor.

El sol de la victoria, al final de la guerra, alumbró el renacimiento del *Peleador*, correspondiéndole el número 40 en la reorganización de la Infantería, en vez del 33, que llevara honrosamente durante muchos años.

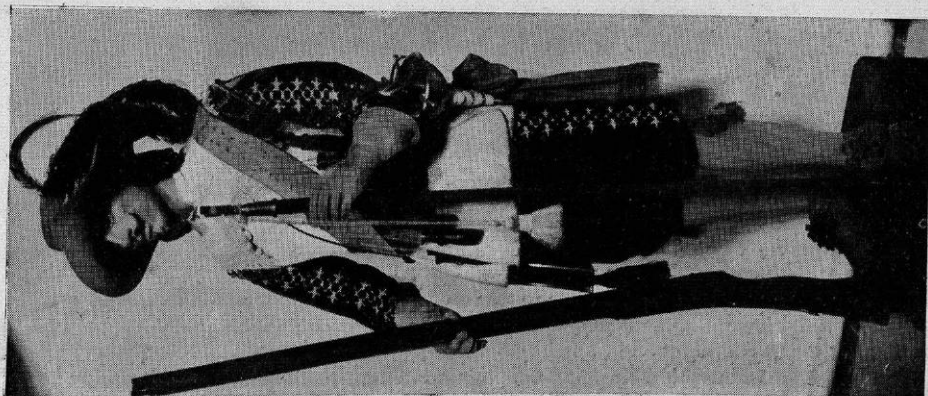
Valiéndome de documentos esparcidos por diversos Centros Histórico-Militares, he podido reconstituir—aunque sin todos los detalles que el caso requería—el historial del valiente Regimiento, y con el fin de hacer menos amazacotada la larga relación de sus vicisitudes guerreras, dividiré en tres épocas la vida del Regimiento, que da principio después de mediar el siglo XVII.

PRIMERA ÉPOCA

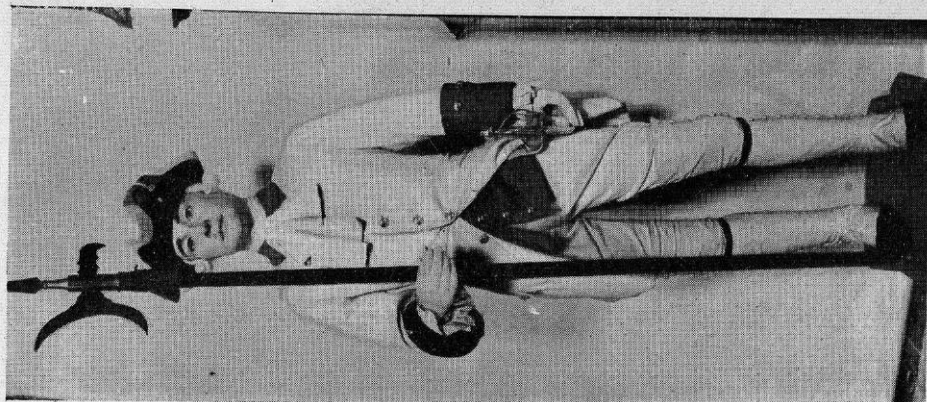
Desde la creación del Tercio a su estancia en la Isla de Elba

En el año de 1658 llegó a Sevilla un personaje, despertando la curiosidad pública por su carroza blasonada, cubierta del polvo de su largo caminar y por su séquito de militares a caballo, todos veteranos, apuestos, curtidos, y con aquel atuendo inconfundible de los soldados de Italia y de las Flandes. Pronto corrió por plazas y calles la noticia de que aquel caballero de emplumado chambergo, banda de seda roja cruzada al pecho, borgoñones bigotes y rabiniesca espada, era el Marqués de Lanzarote, Don Pedro Paniagua Zúñiga, Maestre de Campo encargado por el Rey de levantar en las provincias de Sevilla y de Cádiz un Tercio marítimo de Infantería de siete Compañías a ochenta hombres, que, una vez equipado e instruido, había de unirse al *Tercio Viejo de la Armada del Mar Océano*; a cuyo frente se encontraba el Maestre de Campo General Don Melchor de la Cueva. El destino que había de darse al nuevo Tercio no se conocía, pero se susurraba que tendría la misión de oponerse a los actos de piratería realizados por los barcos ingleses en la ruta de los bajeles españoles que traían caudales de América.

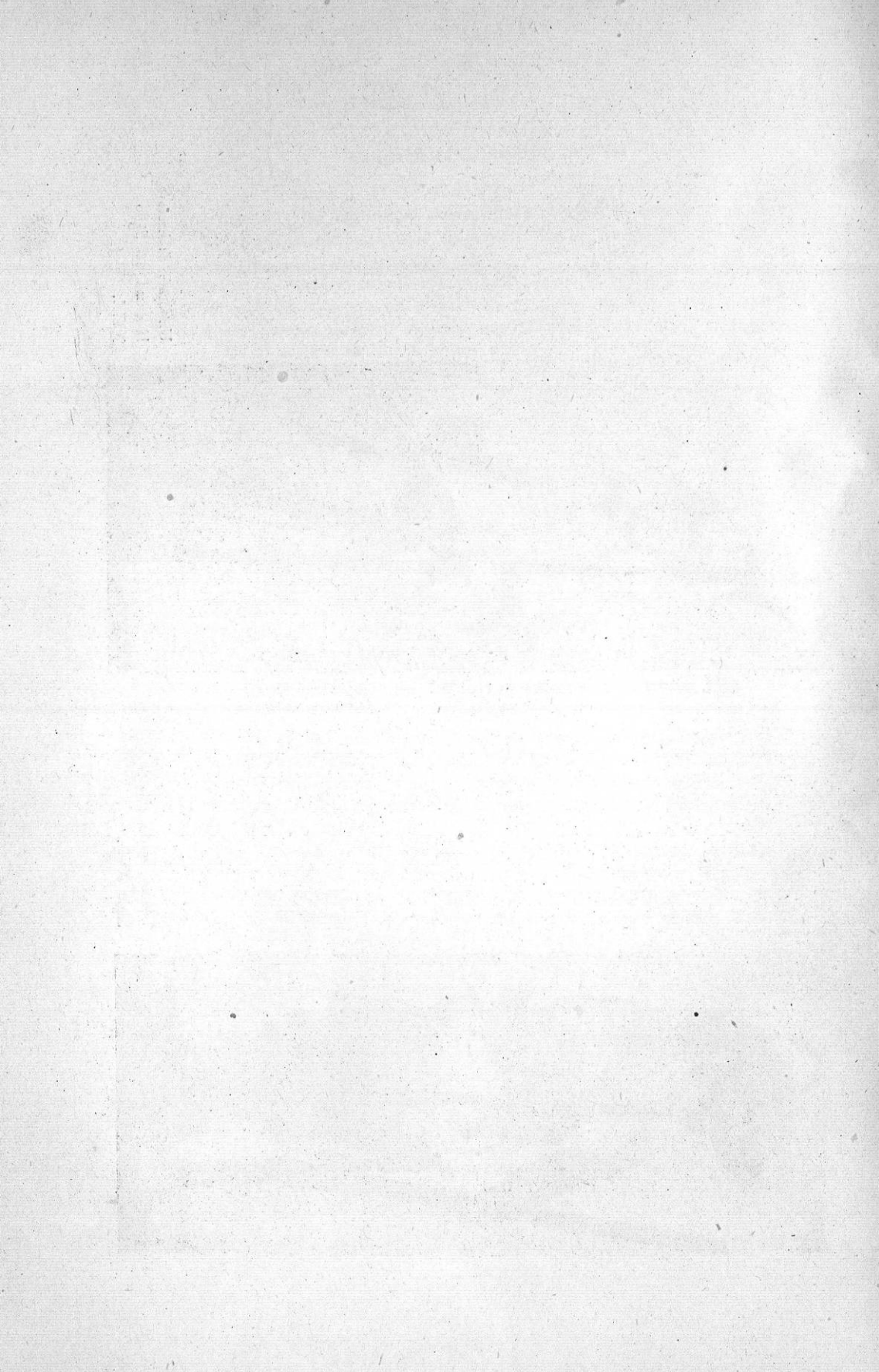
Acompañaban al Marqués el Sargento Mayor Don Juan de Segura, militar de mucho crédito, y siete Capitanes muy experimentados en las guerras de Flandes: Don Martín de Darragoiri, Don



Último tercio del
Siglo XVII.



Uniforme de hacia
la mitad del Siglo
XVIII.



Antonio Paniagua, sobrino del Maestre; Don Pedro de la Torre, Don Leandro del Valle y Pimentel, Don Juan de Villafañez, Don Eduardo Monteagudo y Don José de Calasanz; cito estos Mandos por única vez en atención a ser sus titulares creadores de la unidad militar que habrá de llevar durante siglos el nombre de la bella Sevilla y usar como Escudo de Armas el Escudo de esta Capital de Andalucía.

Los momentos eran para España quizá los más difíciles de su historia; teníamos guerra con Inglaterra y Portugal, con Francia, con Holanda, sublevación en Flandes, ya crónica, y estado constante de alarma por la volubilidad de los Principillos Italianos. El Erario no tenía un maravedí y la miseria se enseñoreaba en todo el territorio nacional; la decadencia de los Austrias estaba llegando a la catástrofe.

El Rey propone, pero Dios dispone, porque reclutada la gente entre los mejores mozos de las dos provincias andaluzas, lujosamente vestida con casaca y chupa blanca, botón dorado, calzón azul, polaina negra y sombrero chambergo con rizada pluma, no fueron a lucir sus galas en la cubierta de un navío, sino que, volviendo la espalda al Betis, se adentraron en tierra tan recia y seca como la de Extremadura, donde un Ejército anglo-portugués, fuerte como nunca, se había visto atravesando la frontera, y tenía puesto estrecho asedio nada menos que a Badajoz.

El bautismo de sangre y fuego de los reclutas sevillanos no pudo ser ni más heroico ni más sangriento; como César, el Tercio, llegó, vió y venció. Los enemigos eran en número inusitado y el cerco absoluto; estaban las murallas ya con brechas abiertas, la plaza en riesgo inminente de caer, pero las siete bisoñas Compañías acometieron con fuego avanzado, se lanzaron en seguida a la bayoneta, destruyendo tres baterías sitiadoras, derrotando y persiguiendo a los Batallones ingleses que las apoyaban, se revuelven contra los Batallones lusitanos y acaban viéndose cercadas por el grueso de las fuerzas sitiadoras; luego de luchar desesperadamente, y alejado el enemigo, regresan a la plaza cargados de laureles y entran en Badajoz entre vítores de la población, llevando en cabeza de la columna los cadáveres de su Maestre de Campo el Marqués de Lanzarote, su Sargento Mayor Segura, y sus cuatro Capitanes, Villafañez, Monteagudo, Latorre y Del Valle Pimentel, más los de nueve alféreces, y doscientos soldados vivos de los seiscientos que entraron en combate. Mil muertos suyos enterraron los anglo-portugueses y toda la moral, porque a los pocos días el Ejército sitiador levantó el sitio, repasó la frontera por Elvas y quedó el terreno cubierto de despojos y pertrechos, incluso la mayor parte de la Artillería.

Las Unidades militares, del mismo modo que las personas, tie-

nen su sino marcado por la suerte; para unas todo es fácil, o por lo menos hacedero; para otras, en su trayectoria surgen las mayores dificultades, y esto les sucede a lo largo de toda su vida. La historia del Regimiento de Sevilla está cuajada de episodios terribles, como el primero de su existencia; ningún hecho de armas, ninguna de sus victorias, le salieron baratas; tocáronle siempre los trances más duros y las situaciones más críticas; si se comparase el número de bajas de los Cuerpos de su misma edad a través del tiempo y de las guerras, la cifra de Sevilla rebasaría con mucho la mayor de las demás.

El Capitán Don Antonio Paniagua, como más antiguo, ocupó la vacante de su tío y se hizo cargo del mando de la escasa fuerza; con ella continuó en las operaciones, en que le estaban reservadas circunstancias aún más tremendas que las del levantamiento del sitio de Badajoz.

Reanudó la ofensiva el Ejército anglo-portugués mediante grandes fuerzas; el español también emprendió el ataque, cruzando la frontera y poniendo sitio a la plaza de Elvas, donde encontró tal resistencia que fué obligado a emprender la retirada, dejando para cubrirla, y apoyados en un pequeño fortín, a los restos del Tercio, por la confianza que merecía su valor; la obstinación de los sevillanos en permanecer sobre el terreno para dar tiempo a que se retirase y tomase distancia el grueso de los españoles, atrajo a casi todas las fuerzas adversarias, y, cercado y batido en brecha por la artillería como un castillo, defendióse durante el día y la noche, luchando y haciendo parapetos de sus propios cadáveres; la sed, el desfallecimiento y la carencia de municiones, puso fin a la lucha; los soldados rompieron sus fusiles, se cruzaron de brazos y esperaron la llegada del enemigo; no llegaban ni a ochenta hombres, heridos la mitad. El adversario, asombrado de tanto heroísmo, se llevó al Jefe Capitán Paniagua para curarle, pues estaba maltrecho de un balazo, y dejó libres a aquellos héroes que materialmente no podían tenerse en pie; aquellos muchos que salieron de Sevilla tan alegres, cantando las canciones de la tierra, eran un puñado de espectros; el flamante Tercio destinado al mar había sucumbido totalmente y con una gloria que no ha sido igualada nunca a lo largo de la resplandeciente historia de la Infantería.

Restablecido Paniagua, aunque convaleciente, fué devuelto por el enemigo y marchó a Sevilla para reclutar gente. De nuevo —esta vez con sevillanos exclusivamente— se formó o restableció el famoso Tercio de la Armada y otra vez entró en campaña con el Ejército, a cuyo frente habíase puesto el Príncipe Don Juan de Austria, hermano del Rey; los nombres de Borlas, Jurumenha, Vei-

ros, Monforte, Cabeza de Vide, Alten de Chaon, Alten de Pedroso, Crato, Fronteira y Azumas, representan otras tantas victorias que, tanto en campo abierto como en asaltos, confirmaron la reputación de los soldados sevillanos. Muchos más nombres de batallas podrían citarse en que el Tercio derramó su sangre a torrentes, hasta el extremo de que otra vez incapacitados por falta de fuerzas para continuar en operaciones, permaneciendo por ello en Badajoz, donde le sorprende cuando apenas contaba con el efectivo de un par de Compañías su nueva denominación de *Tercio Provincial de Madrid*.

Obedeció este cambio de nombre a que, hallándose el Tesoro Español completamente exhausto de recursos, y manteniendo guerra en todas partes, no podía el Estado sufragar el coste de sus fuerzas militares, y algún arbitrista de la Corte discurrió repartir la carga de los gastos entre todas las provincias, tocándole a los sevillanos depender de Madrid, pues su fama de valientes había atraído la atención del Rey, inspirándole la idea de llevar el Tercio a su lado cuando se firmase la paz con Portugal, que parecía inminente.

Pero aunque efectivamente la paz se firmó, las relaciones seguían tan tirantes que, en 1665, reanudóse la campaña, y en la dura batalla de Villaviciosa, una vez más el Tercio fué destrozado en lucha cuerpo a cuerpo con seis Batallones y catorce Escuadrones anglo-portugueses, que no lograron hacerle retroceder un solo paso, pues en retirada todo el Ejército español, sostuvo el peso de la persecución enemiga, cayendo prisionero su Maestre de Campo Guzmán y siendo heridos y muertos las dos terceras partes de su efectivo, de cuya pérdida pudo consolarle la convicción de haber cumplido su deber con exceso y con gloria.

Aunque la guerra continuó hasta 1668, el Tercio Provincial de Madrid reducido a poquísimos número de soldados, no pudo hacer otra cosa que guarnecer varios pueblos de la frontera.

Es cierto que la paz con Portugal no había causado a España ninguna variación en la frontera y que los ingleses habíanse retirado del país, pero Francia, declarando la guerra, entraba por Navarra y el Tercio fué llevado al Pirineo, desplegando su vigilancia por la línea fronteriza, y luego de rechazar los amagos de invasión francesa, no siendo allí donde residía el verdadero peligro, corrióse a Cataluña y entró en Gerona unos días antes de que le pusieran sitio los franceses con numeroso Ejército y buen golpe de artillería.

Una batalla ofensiva de los sitiados resolvió la situación; portóse el Tercio tan bravamente, que el Rey premió su valentía otorgando a todos los soldados la pensión de un escudo de ventaja

al mes. Menos dichosa fué la defensa de la Seo de Urgel, cercado por el Duque de Noailles con gran contingente de fuerzas. Llegó a la plaza cuando en ella se habían agotado ya las municiones y los víveres, por la explosión del polvorín central; tuvo que resistir el hambre y hacer uso de la bayoneta constantemente en los asaltos, porque de pólvora se carecía en absoluto, y como situaciones como ésta no pueden aguantarse indefinidamente, el 12 de Junio de 1691 la Ciudad y el Tercio que la servía de única guarnición abrió sus puertas al enemigo, que encontró famélicos esqueletos en lugar de vecinos y soldados. La capitulación estipulaba que tropa y Oficiales quedarían libres si entregaban por su rescate un doblón por cabeza, cantidad a que ascendía el valor de la comida que había de dárselos para reponerles, y esto—decía el vencedor Duque de Noailles—hacíalo por admiración a un Cuerpo tan valeroso.

Pero el Tesoro Español se encontraba en penuria tal que ni la provincia de Madrid, ni ninguna, podían pagar el rescate, y en su consecuencia el antiguo Tercio de Sevilla entró prisionero en Francia, aunque tratado con respeto y simpatía por los franceses; un año permaneció en esta situación, hasta que fué pagada la suma pedida y regresó a España, quedando de guarnición en Barcelona para reorganizarse, equipararse e instruir a los muchos reclutas que se le incorporaron.

Poco había de durarle el descanso; volvió a campaña, y en la victoriosa batalla del Tec (21 de mayo de 1694) pagó la victoria con la pérdida de la flor de su tropa y Oficialidad. Sangriento seguía siendo el destino de este brillante Tercio, lo mismo en la desgracia que en la fortuna; en memoria del enorme número de bajas se le uniformó de color rojo y se le cambió el nombre de Provincial de Madrid por el de *Tercio Viejo de los Colorados*.

Mucho se había distinguido constantemente, mas en la defensa de Barcelona sobresalió de entre todas sus hazañas, rechazando al enemigo en la Puerta Nueva y persiguiéndole hasta sus batallas, que fueron clavadas y destruidos los parapetos.

La paz con Francia le trasplantó a Cádiz, amenazada por la Escuadra Británica; llegó a tiempo de defender gloriosamente los Castillos de Santa Catalina y Matagorda, obligando a los invasores a reembarcarse, derrotados y deshechos.

Igual humillación sufrieron los ingleses que habían desembarcado en Rota. El Tercio Viejo de los Colorados se metió en el mar hasta la cintura y a bayonetazos hizo prisionera la mayor parte de la fuerza británica. Andalucía quedó libre de los que la amenazaban de saqueo y otros excesos acostumbrados por las tropas inglesas.

Incendiada España por la guerra entre Felipe V y el Archi-

duque Carlos, tomó parte en las principales operaciones; los campos de Almansa fueron testigos de su arrojo y desde ellos pelea ya sin descanso en toda la campaña; lucha en la provincia de Valencia; combate en el Condado de Niebla; acude nuevamente a Portugal, desde allí se incorpora en Cataluña al Ejército que en persona dirige Felipe V; en los altibajos de aquella cruel guerra retrograda con el Rey a Zaragoza, donde le dejó el Monarca para contener el avance de los adversarios y en Monte Torrero los detiene, pero a costa de su sangre, porque Sevilla se porta como de costumbre y queda despedazado, muerta o herida toda su Oficialidad y pagando la tropa el enorme tributo de reducirse su efectivo de mil doscientos hombres que entraron en fuego a trescientos, la mayor parte estropeados, que encuentran refugio en las montañas de Soria.

Descienden desde allí a Castilla la Vieja y en Burgos se reorganiza en pie de guerra y se reúne al Ejército de Felipe V, tomando parte muy principal en la célebre batalla de Villaviciosa, que influyó decisivamente para asegurar en la cabeza del nieto de Luis XIV la vacilante Corona de España; sin embargo, la guerra sigue y Sevilla también continúa batiéndose, primero en Cataluña y luego, pacificada la Península, pasa al distrito de Valencia en el año 1716.

Parecía que después de tanto bregar disfrutaría España de un largo período de reposo, pero éste sólo duró dos años; Francia, que había declarado no haber ya Pirineos que separasen a las dos Naciones, tantos años rivales, nos declaró la guerra, y el Duque de Berwick, a cuyas órdenes se había batido el ya Regimiento de Sevilla, puso sitio a San Sebastián; sabido es que la organización a la francesa dada al Ejército por el Monarca Borbón suprimió la denominación de Tercios de los Cuerpos de Infantería y les adjudicó el nombre de Regimientos.

Donde sonaban tiros no podía Sevilla estar ausente; a marchas forzadas de diez y doce leguas se dirigió a la bella Easo, y hubo de romper el cerco en que la tenían estrechada los franceses, para entrar en la plaza precisamente cuando ya se habían entablado gestiones de capitulación, en las que fué incluido el recién llegado Regimiento, sin que éste aceptara tal desgracia, por lo que se acogió al Castillo y allí defendióse hasta agotar las municiones; los franceses, respetando la conducta del bizarro Regimiento, le permitieron salir del Castillo con los honores de la guerra a tambor batiente y bandera desplegada y quedando absolutamente libre, claro está que no sin haber perdido en tan gallarda empresa la tercera parte de su gente, pero añadiendo a su historial otra corona de laurel.

La paz con Francia en 1721 dió a España algún descanso; el Regimiento de Sevilla cubrió sus bajas con el personal de otros Regimientos que fueron licenciados, y cuando estuvo al completo de su pie de guerra en tres Batallones embarcó en Barcelona e hizo rumbo a la Isla de Elba, en cuya plaza de Portolongone quedó de servicio de guarnición.

Por excepción en la andariega vida de este Regimiento de Sevilla permaneció en la Isla que Napoleón hizo célebre una etapa de nueve años.

SEGUNDA ÉPOCA

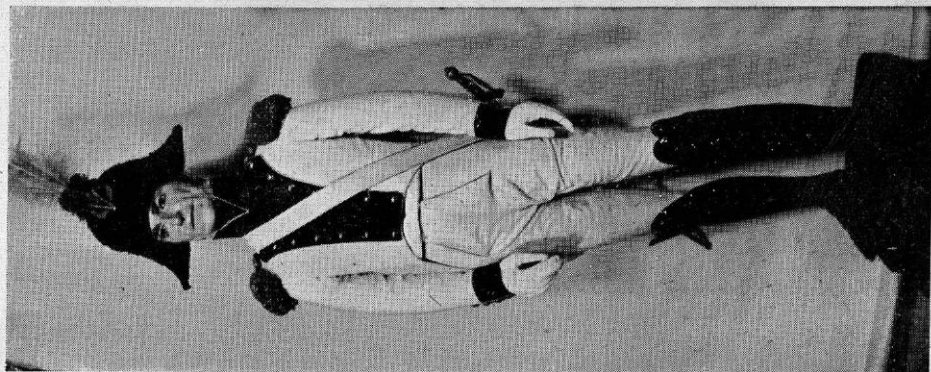
Desde su salida de la Isla de Elba hasta final de la Guerra de la Independencia.

Regresó a Barcelona, guarneciendo a la Capital de Cataluña durante dos años, dedicados a instruirse intensamente para la guerra, pues las intrigas internacionales de la Reina Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, venían revolviendo la política de Europa para poner en la cabeza de sus dos hijos, los Príncipes Don Carlos y Don Felipe, un par de coronas italianas. Hasta entonces España ha luchado por conservar los territorios adquiridos por las armas en los tiempos gloriosos de los primeros Austrias. La paz consiguiente a la guerra de sucesión dejó a España reducida a la Península, y no completa, porque perdimos Gibraltar; bien caro nos salió el honor de sentar en el Trono a un nieto del Gran Luis XIV; ahora lucharon en beneficio exclusivo del real capricho del Soberano.

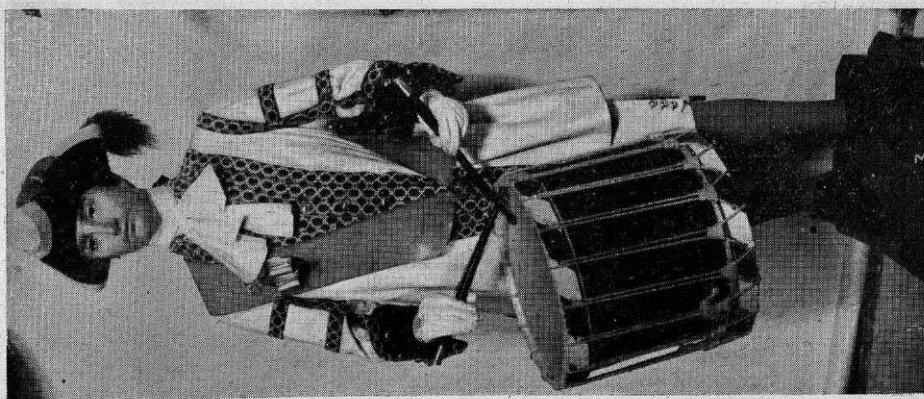
El 11 de Diciembre de 1733, Sevilla, perfectamente equipado y preparado, embarcó el primero y segundo Batallón y llega en hora dichosa a las encantadoras tierras de Italia, testigo de tantas victorias españolas; la versatilidad italiana los recibe con vítores; los hijos del Lacio, cansados de tudescos, vuelven a sentir la nostalgia de aquellos tiempos en que convivían y luchaban con los españoles; nuestros aliados son Francia y Cerdeña; ambos nos abandonarán y cada uno se quedará con su tajada después de haber esquilado el país en que operaban, mientras el hidalgo español, respetando la propiedad, pagaba cuanto consumía en buenas peluconas del oro americano.

El Regimiento se establece en Capua; ignórase si encuentra allí las delicias tradicionales que encontró Aníbal y los españoles de su hueste; el primer Batallón se separó de sus hermanos y marchó a Nápoles, reverdeciendo los recuerdos y desfilando entre

De final del Siglo
XVIII y principio
del Siglo XIX.



Tambor del último
tercio del Siglo
XVIII.



los vivos delirantes de la población por la hermosa calle de Toledo; no tardaron mucho en estar separados los Batallones, reunidos se baten, distinguiéndose en la Batalla victoriosa de Bitonto, que pierden los austriacos, completamente destruido su Ejército; en seguida toma el Regimiento de Sevilla por asalto la plaza fuerte de Roberetto e inmediatamente alcanza una victoria nocturna en el sitio de la de Mirandola. De repente, sin que el General en Jefe español, Duque de Montemar, se entere de nada, firman nuestros aliados la paz en Viena el 3 de Diciembre de 1735. La mala partida que Francia nos hizo dejaba al Ejército Español solo y expuesto a una catástrofe, que no se verificó por la imponente retirada de nuestros Regimientos, que no pudieron llevarse consigo sus trenes y almacenes costosísimos, pero sin perder, gracias al tesón indómito de nuestras tropas, ni un solo hombre ni sus impedimentas de armamento y municiones; a Sevilla le tocó cubrir la retirada, haciéndola por escalones en batalla, como si estuviesen en un ejercicio doctrinal. El Rey y la Reina sufrieron con interior indignación el chasco que acababa de darles su adorada Francia.

Los austriacos no hostilizaron al Ejército Español en todo lo que duró su embarque en el puerto de Liorna, pero el mar, tantas veces hostil a las Escuadras Españolas, sorprendió a los transportes durante la travesía; un temporal deshecho hundió uno de los barcos con dos Compañías, parte del almacén y la Capilla, fabricada con plata en Toscana. Al desembarcar en Barceona el Regimiento, regresaron 565 hombres del primer Batallón y 623 del segundo, de mil plazas que llevaba cada uno; no le resultó muy barato al Regimiento de Sevilla el capricho de los afrancesados Monarcas.

Aún estaban húmedos los uniformes de la mojadura en la travesía cuando el Regimiento volvió a embarcar rumbo a Ceuta. El año 1740, Inglaterra nos declaró la guerra por haberle apresado nosotros, con buques mercantes armados en corso, cuatrocientos barcos ingleses llenos de mercancías por valor de veintitrés millones de libras; fué el golpe más rudo que sufrió la Marina Británica, que venía pirateando sin cesar nuestras comunicaciones marítimas. Se había tomado nuestra Marina Civil la justicia por su mano, en vista de la somnolencia del Gobierno Español. Sevilla arribó a Ceuta esquivando la presencia de la Escuadra Británica del Mediterráneo; desde Ceuta otra vez embarcó, dirigiéndose a las Baleares y estableciendo servicios de defensa en las Costas de Mallorca e Ibiza. Sortear los peligros de la Escuadra Inglesa fué una de las aventuras más afortunadas del Regimiento; apenas desembarcado en Mallorca el primer Batallón, pasó a bordo de

una Escuadra Española y se batió rudamente en el furioso combate naval del Cabo Scies a costa de la pérdida de algunos Oficiales; el segundo Batallón envió 250 hombres y el primero 300 a Nápoles; el resto entró de guarnición en buques de guerra que cruzaban entre Cartagena y Valencia. El resto del Regimiento es conducido en un convoy mercante a Caracas, en Venezuela, donde a la sazón había una epidemia de fiebre amarilla. A los dos meses es repatriado a la Península con muy pocos soldados y un solo Oficial; este Grupo de Compañías de los dos Batallones fué verdaderamente sacrificado a la necesidad de guarnecer la Capital Americana.

En el año 1752, el Regimiento se reúne en la Plaza de Orán, de donde al poco tiempo se disgrega, guarneciendo Valencia, Alicante y Cartagena, desde cuyas plazas va a Melilla y allí reside hasta 1762, no sin tener frecuentemente escaramuzas con los moros rifeños.

Nuevamente rota la paz con Portugal, acude a la frontera extremeña, formando con el Regimiento de Lombardía una Brigada que manda el General Madariaga; no fueron las operaciones muy violentas, se conquistaron Braganza y Almeida y, tomando Sevilla cuartel de invierno en Alburquerque, se firmó la paz, siendo destinado a la Plaza de Cádiz a cuyo trayecto pasó tres días en Sevilla; los sevillanos hicieron a su Regimiento una acogida fraternal, agasajándole espléndidamente.

En 1767 hizo el viaje a la Habana, a consecuencia de que se había producido una insurrección en Nueva Orleans y temíase el contagio a los cubanos. Reprimida la revuelta por las tropas de Norteamérica, el Regimiento de Sevilla regresó a Cádiz, sufriendo en la travesía un temporal que ocasionó el naufragio de tres transportes frente a Chipiona y allí se ahogaron tres Capitanes, cinco Tenientes, dos Subtenientes, un Cadete y cincuenta soldados de tropa.

Al subir al Trono Carlos III, el Gobierno quiso que en Madrid le recibiera la flor del Ejército y, siendo Sevilla uno de los mejores Regimientos de la Infantería, fué llamado a la Corte por los días que fuesen indispensables para la entrada del Monarca, pero el Rey no se dió mucha prisa en dejar Barcelona—sin duda para que los catalanes olvidaran el desafecto en que los tenía su padre Felipe V—y el Regimiento de Sevilla permaneció en Madrid durante siete meses.

Barcelona había hecho al Rey un recibimiento amable, porque en verdad el Monarca despertaba grandes simpatías por su carácter dulce y democrático. En Madrid se le recibió con verdadera apoteosis. Formó el Regimiento de Sevilla, por su mucha an-

tigüedad, junto al Palacio del Buen Retiro, en que halla hoy el Museo del Ejército; la Reina viuda Isabel de Farnesio, enferma y valetudinaria, le revistó sin salir de la silla de manos en que era conducida, como una prueba de su estimación y un premio a los servicios a la causa de los Borbones en Italia. Terminadas las fiestas madrileñas, que fueron muy lucidas, y a todas las cuales asistió la Oficialidad del Regimiento, este Cuerpo regresó a Andalucía, y como era propósito del nuevo Monarca elevar a España al rango de gran potencia, empezando por su acción en Africa y Argel para vengar las tropelías de los piratas argelinos, organizó el Gobierno una fuerte expedición en la que, naturalmente, no podía faltar «*El Peleador*». Sevilla, pues, fué trasladado a Cartagena y embarcó en la Escuadra el cinco de Mayo de 1775. No pudo ser más fatal y desastroso el resultado de la empresa; en plena batalla, ya perdida, sólo a fuerza de bravura pudieron los expedicionarios reembarcar su artillería y sus 3.000 heridos, dejando en el campo 400 cadáveres; excusado es consignar que el último Regimiento que reembarcó, rechazando a los moros a fuerza de cargas a la bayoneta, fue el Regimiento de Sevilla.

En el muelle de Alicante pisó tierra de España el Regimiento, pero no para establecerse allí, sino para tomar la carretera y, por jornadas ordinarias, dirigirse a la que ya se sabía de memoria frontera portuguesa; las hostilidades con Portugal han sido siempre el prólogo de la guerra contra los ingleses y, efectivamente, en Enero de 1777, tras algunos tiroteos sin importancia en la raya portuguesa, marchó apresuradamente a Cádiz, para darse a la vela con rumbo a América del Sur, a las órdenes del General Ceballos y con el objetivo de rescatar de los ingleses la Isla de Santa Catalina y la Colonia del Sacramento, lo que realizó mediante durísimos combates y empleando su tradicional intrepidez y audacia. Alejado el enemigo, la confianza que inspiraban los soldados de Sevilla determinó al Gobierno a que el primer Batallón, mandado por su Teniente Coronel, Conde de Alagón, fuese a posesionarse de las Islas de Fernando Póo y Martín García, que había cedido Portugal a España, cuya misión cumplida reunióse todo el Regimiento en Málaga, repartándose por los presidios africanos.

Gibraltar sigue siendo la espina que los españoles tenían clavada en el corazón; Carlos III, de acuerdo con Francia, había puesto sitio al maldito Peñón mientras el Regimiento de Sevilla se batía allende los mares, y apenas regresado fueron sus dos Compañías de Granaderos a formar parte de la Columna que en el sitio de la Plaza gibraltareña mandaba con tanto acierto el General Urrutia. Conocidas son las causas de levantar los españoles el sitio de Gibraltar; sus constantes diferencias con los franceses

aliados y la peste que se desencadenó en los campamentos obligaron a la retirada. El Regimiento marchó a Orán y en el verano de 1786 fué destinado a la Guarnición de Madrid; Sevilla, que había recibido la distinción de rendir los primeros honores reales a Carlos III al ceñirse la Corona española, tuvo también el sentimiento de escoltarle en su último viaje al panteón de El Escorial.

Surge la guerra en Ceuta, pero con caracteres muy distintos a los habituales de los moros. El Emperador de Marruecos posee un numeroso Ejército con potente artillería (naturalmente, de fabricación británica) e instructores extranjeros al servicio del moruno Emperador; a pesar de los auxilios recibidos por los moros, la victoria contra ellos es completa y decisiva; el comportamiento de Sevilla no puede alcanzar más brillantez. Apenas acabada la guerra con los marroquíes, nos la declara Francia, y con decir que el Regimiento pelea dirigido por el General Ricardos, y más directamente por el ilustre General Urrutia, que fué el corazón y el cerebro de aquella campaña, no hay que consignar los hechos memorables a que asiste. Uno de ellos, en el día 19 de Noviembre de 1793, en que marchando en vanguardia avanza demasiado, pierde el contacto con el grueso del Ejército y es acometido por siete mil franceses en Villa Longue; rodeado por todas partes es invitado a rendirse; la tropa, con un clamor unánime, grita: «¡El Regimiento de Sevilla no se rinde mientras tenga bayonetas!». Esta heroica resolución va seguida de una furiosa carga que atraviesa la línea enemiga y le permite posesionarse de unas alturas inmediatas, desde las cuales, y con fuego terrible, rechaza a los franceses durante cinco horas y les obliga a retirarse, abandonando sus bajas. Tres días después, el Regimiento toma por asalto las plazas de Colliure y Port Vendre y el campo atrincherado de Treserre. El General en Jefe Marqués de Las Amarillas le felicita al frente de los demás Regimientos de su División.

Cubiertas con reclutas las abundantes bajas, reorganizado el Batallón y concluida la campaña, marcha el Regimiento completo a Ceuta y, habiéndose declarado la guerra a Inglaterra, vuelve prontamente para vigilar la frontera de Portugal desde Salamanca y Zamora, pero esta vez los ingleses no han desembarcado en Portugal y el peligro británico se cierne por la costa del Cantábrico. En vista de ello, Sevilla se encamina a la plaza de El Ferrol; lo manda el Coronel Don José Bermúdez de Castro, bisabuelo mío, que como Teniente Coronel ha tomado parte en toda la campaña brillante de El Rosellón y había en ella ascendido sobre el campo de batalla en el momento de recibir el Cuerpo la felicitación del General Marqués de las Amarillas. En el historial del Regimiento de Sevilla escrito por el insigne historiador Conde de Clonard, y en

los antecedentes archivados en el Servicio Histórico Militar, figura el Coronel Bermúdez de Castro como uno de los ocho Coroneles del Regimiento de Sevilla que más se distinguieron a través de los siglos.

Al Ferrol llegó la noticia de lo ocurrido en Madrid el preclaro día del 2 de Mayo de 1808; el Coronel formó su Regimiento, lo aranga y, entre el entusiasmo de la tropa, parte a reunirse al Ejército que se está constituyendo en Galicia. Empieza, pues, la gloriosa guerra de nuestra independencia.

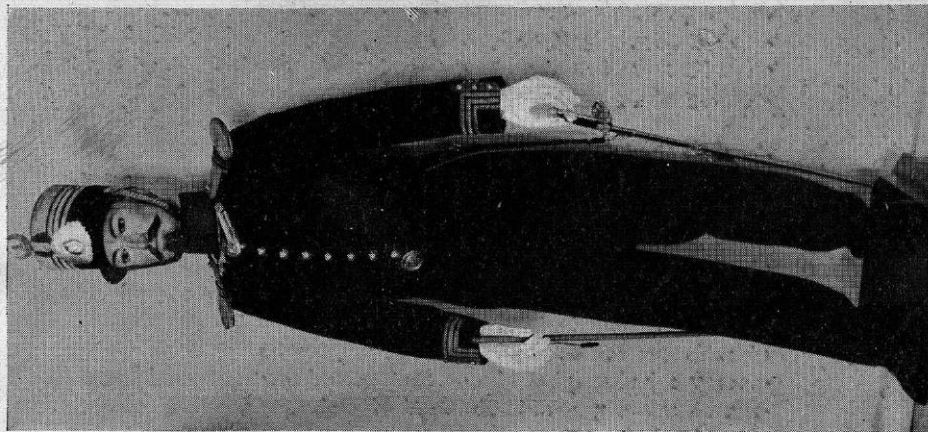
Sería larguísimo y prolijo estampar en estas páginas las vicisitudes del Regimiento de Sevilla en toda la Guerra de la Independencia; su suerte le llevó siempre a las batallas más encarnizadas y menos felices de la guerra; se distinguió en la desgraciada batalla de Ríoseco, a la que no asisten más que las tres Compañías de Granaderos que quedan absolutamente aniquiladas, pero sin retroceder un solo paso y resistiendo hasta morir el ataque conjunto de cuatro Batallones franceses y una Brigada de Coraceros; el resto del Regimiento estaba en Astorga, camino de las provincias vascongadas; ya en ellas sorprende a la Plaza de Bilbao, y en asalto nocturno la arranca del poder de los franceses; la pierde al día siguiente y vuelve a recobrarla. El Coronel Bermúdez de Castro recibe un tiro en el brazo derecho, pero no entrega el mando. Se encuentra también en la desgraciada batalla de Espinosa de los Monteros y aquí cubre la retirada de toda la División, en la que evita la destrucción total. Se incorpora a las tropas del Marqués de la Romana y en el ataque a Lugo, y el Coronel a la cabeza de la columna de asalto, recibe un balazo en una pierna, pero tampoco resigna el mando. Continúa al frente de su Regimiento y se halla en la más que ninguna infortunada Batalla de Ocaña; el Coronel Bermúdez de Castro, último con su Regimiento en la retirada, cae con un balazo en el pecho; ya no se levantará más. El Regimiento pierde en este hecho de armas las dos terceras partes de su efectivo, pero no se desbanda, como otros, y por su disciplina y heroísmo gana una aureola imperecedera y no abandona el cadáver de su Coronel, ni deja un solo herido ni un solo prisionero en el campo.

Otra de las acciones de guerra más gloriosas de la campaña es la defensa de Badajoz y, claro está, no puede faltar allí el Regimiento de Sevilla. Tanto brilló en las frecuentes salidas, que el Gobernador de la Plaza, heroico General Menacho, le confía los lugares más difíciles, a pesar de que va perdiendo en ellos la mayor parte de su fuerza. Muerto el General Menacho, y sin gente apenas, el Regimiento que tanto les ayudó. Badajoz se rinde y los restos de Sevilla son conducidos prisioneros a Francia.

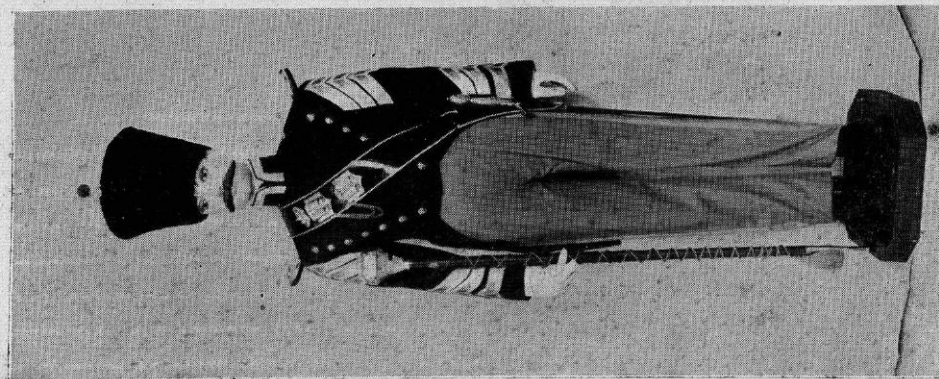
Después de este infortunio no queda en campaña del Regimen-

to de Sevilla más que uno de sus tres Batallones, que opera en la provincia de León a las órdenes del General Santocildes, uno de los más valerosos y capaces Jefes españoles.

Como de este Batallón no quedan más que doscientos hombres escasos, se le incorpora al Regimiento de Toledo y el nombre de Sevilla desaparece de las listas de revista del Ejército; pero un Regimiento de tanto prestigio no podía evaporarse como el humo de la pólvora; cuatro Oficiales y dos docenas de individuos de tropa que se hallaban convalcientes de sus heridas en Valencia de Alcántara piden permiso a la Autoridad Militar para reclutar voluntarios y, reuniendo quinientos, forman, equipan e instruyen un Batallón, al que denominan primero Provisional del Regimiento de Sevilla. Al mismo tiempo el Ayuntamiento de Sevilla, conocedor de la extinción del Regimiento que llevaba su nombre, organiza Batallones provisionales que, conforme se van completando, salen a campaña en diversas Unidades del Ejército; estos cinco Batallones provisionales llegan a constituirse, pero en diferentes provincias. En 1812, el primero Provisional, salido de Valencia del Cid, se incorpora al sexto Ejército, que manda el General Don Carlos España, un militar francés que ha adoptado la nacionalidad española y se ha distinguido siempre por su austero carácter y su rigidez ordenancista. Asímbrese el General de ver aquella gente vestida con uniformes viejos de todos los Regimientos, incluso vestimentas del Ejército francés, pero de tan marcial continente que le impulsa a dotarlo de cuanto necesita y le nombra de vanguardia permanente; no tiene que arrepentirse el exigente General, porque en el primer encuentro el Batallón de Sevilla se apodera de Salamanca sin disparar un cartucho y usando sólo de la bayoneta. Destinado a la defensa del pueblo de Poyos, recibe el decreto orgánico de la Regencia por el cual se le nombra y ordena su organización en primer Regimiento de Sevilla, pues la Junta de esta Ciudad había solicitado que se reuniesen las fuerzas de los cinco Batallones provisionales, formando con ellos tantos Regimientos como los efectivos diesen de sí y a condición de que todos habían de llamarse Sevilla y ofreciendo el dinero que fuese preciso para que nada faltase a estas tropas. El rasgo de la Junta Sevillana demuestra la generosidad y terco propósito de los españoles en la guerra de la Independencia; pero sin duda por la confusión que podría introducir en la Historia cinco diarios de operaciones de Regimientos de igual denominación, y el poco tiempo que vivieron los cuatro Regimientos de Sevilla nuevamente creados, no se conservan sus historiales al ser disueltos una vez terminada la guerra, ni se sabe dónde estarán las Banderas de estos cuatro Cuerpos, que sería interesante recoger y conservar.



Coronel del Regi-
miento de Sevilla,
año 1850.



Tambor Mayor, año
1850.

Durante los últimos meses de la campaña tocó al primer Regimiento de Sevilla invadir la Francia y poner sitio a Bayona, cruzar el Adour en colaboración con los ingleses y esperar la hora de la paz custodiando miles de prisioneros franceses que, al despedirse de sus guardianes, hacen objeto al Regimiento de efusivas manifestaciones de gratitud por su humanitario trato y su caballería.

TERCERA ÉPOCA

Desde 1815 a nuestros días.

En 1815 se halla en Extremadura el primer Regimiento, que completa las vacantes que le ha producido el último tiempo de la guerra con el segundo Batallón de Ligeros de Guipúzcoa, nombrándose Coronel a Don Antonio Cebollino, de gran reputación en la Infantería. El 1.º de Enero de 1816 se organiza el tercer Batallón y los tres marchan a guarnecer, respectivamente, Oviedo, Gijón y Santander.

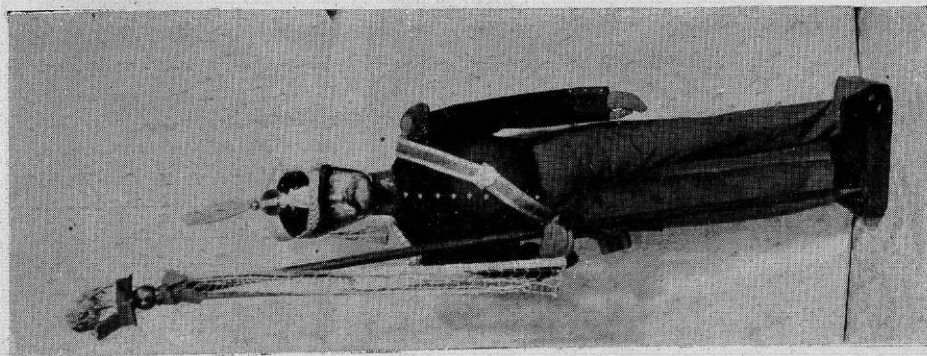
Después de varios viajes por España, pues los Regimientos en aquellas épocas nailaban incesantemente un rigodón y vivían más tiempo en las carreteras que en sus cuarteles, Sevilla es destinado a la expedición que se preparaba para América, a fin de sofocar la insurrección contra la Madre Patria; tan fuerte dieron los españoles el grito de Independencia que el viento lo llevó a tierras americanas, y allí, repartiéndolo el eco, tomó bien diferente significación. En los momentos de recibirse la orden para que se concentrara en Andalucía, Sevilla tenía el primer Batallón en Badajoz, el segundo en San Fernando (Cádiz) y el tercero en Burgos. Se alzó el Comandante Riego, pronunciándose con sus tropas en pro de la Constitución del año doce, la proclama en Cádiz, y varios Cuerpos se adhirieron a este movimiento, que tuvo fatales consecuencias para la guerra separatista de América, pues la expedición de que formaban parte hubiera sido eficacísima allende el Océano; el segundo Batallón de Sevilla, arrastrado por los otros, únese al subversivo movimiento y marcha contra las tropas que enviaba el Rey a sofocar la rebeldía; no era Riego precisamente un rayo de la guerra; Le derrota el General O'Donnell en Taivilla, luego en Marbella, después en Málaga y por último en Antequera; el segundo Batallón de Sevilla tiene que repetir sus tradicionales esfuerzos de valor para no perecer completamente; se bate en Morón, siempre perseguido, y un buen día llega a él la buena nueva de haber el Rey Fernando VII jurado la Constitución con la célebre frase de «Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional».— Se disuelve, pues, el Ejército de Riego, y el segundo de Sevilla, as-

troso y estropeado, marcha a Burgos a incorporarse al primero, que, más cauto o menos nervioso, no se ha adherido al bando constitucional hasta que el Rey lo ordena en una Real Orden dirigida directamente al Coronel Solá, que manda el Regimiento, siempre absolutista rabioso.

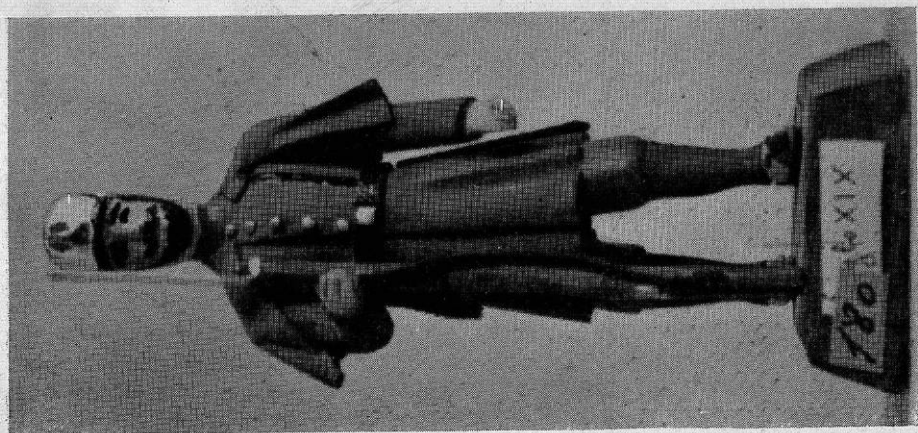
La entrevista entre los Oficiales de ambos Batallones no fué efusiva ni mucho menos cordial, porque en el Archivo de documentos jurídicos del Alcázar de Segovia existe una Causa de muchos folios referente a las actitudes poco fraternales, que se exacerbaban al ser destituido del mando el Coronel Solá por el Jefe político, o sea, Gobernador Civil, de Burgos. La Causa debió durar muchísimo, porque está sin acabar, y se refiere a un parte por escrito dado por el Comandante del segundo Batallón, que era constitucionalista, acusando al Coronel de enemigo del nuevo régimen, y otro parte del Coronel Solá en que conceptúa a dicho Comandante de Jefe discolo, insubordinado y promotor de alborotos de su tropa en el cuartel. Sin duda, para que la cosa no acabara de mala manera, tal vez a tiros y bayonetazos, al segundo Batallón lo incorporan a la Columna que manda Juan Martín El Empecinado para perseguir a la partida del Cura Merino, que se ha sublevado contra la Constitución.

En Agosto de 1821 se reúne todo el Regimiento y encamina a las Provincias Vascongadas, donde las partidas realistas han tomado un incremento alarmante. El General López Baños, que manda las fuerzas del Gobierno, destaca, para separarlo de los demás, al revoltoso segundo Batallón en San Sebastián, que se había liado a tiros con los otros dos Batallones del Regimiento. No debe extrañar este suceso, porque todo el Ejército y España entera se habían dividido en dos bandos.

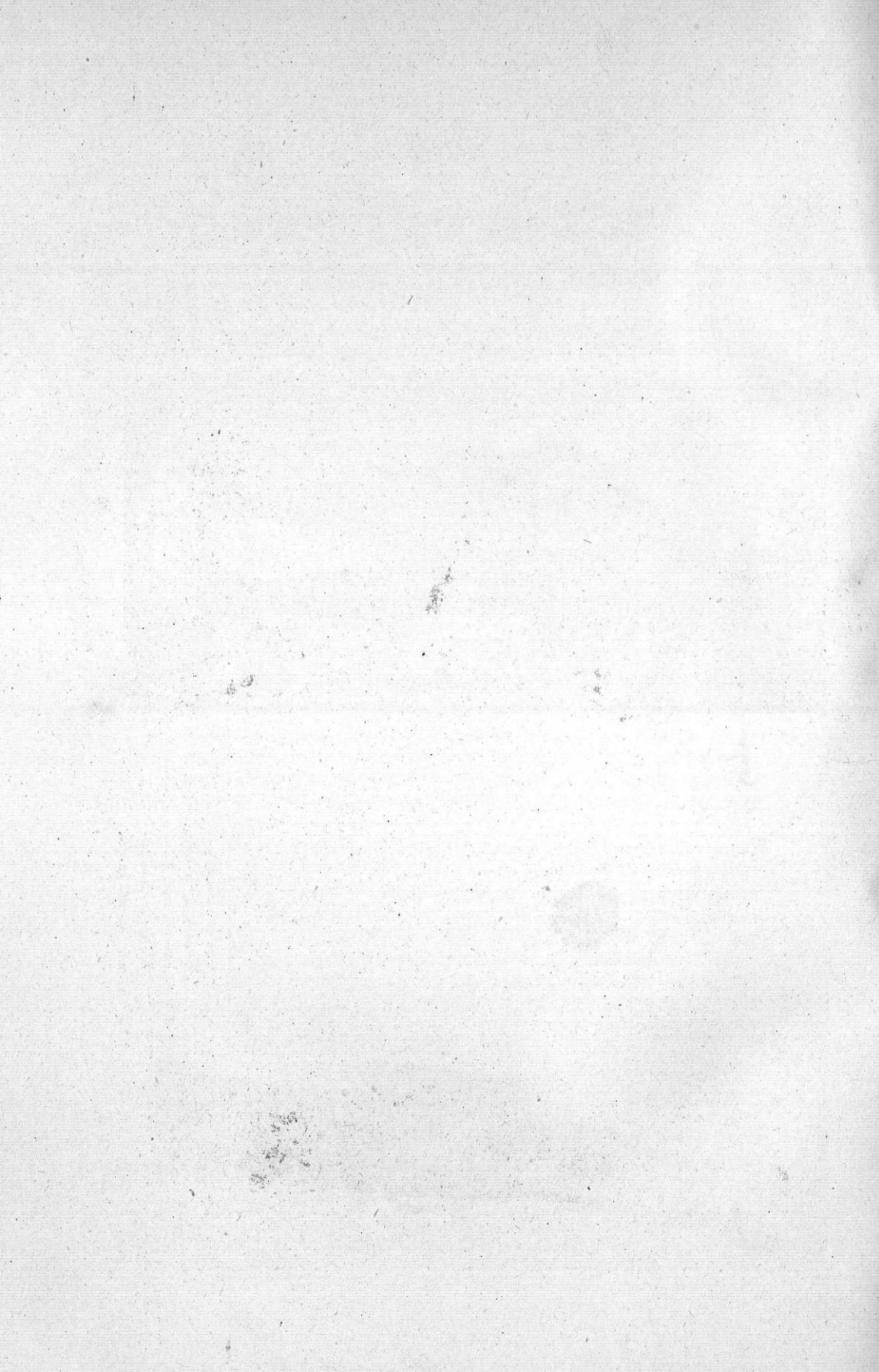
Luchó Sevilla con variada fortuna, no sólo en las Provincias Vascongadas, sino en Navarra, contra un militar tan diestro como el que años después había de distinguirse tanto en la primera guerra civil, Don Santos Ladrón; las operaciones son muy duras y la guerra se hace sin cuartel. En el año 1823, los cien mil Hijos de San Luis entran en España para restablecer la autoridad de Fernando VII; es decir, derrocar la Constitución y permitir que el Rey recobrase el poder absoluto. El Regimiento de Sevilla está diseminado porque son incompatibles el primero y tercer Batallones con el segundo; ninguno de los tres sabe qué partido tomar, pero atacado un Batallón por los franceses en San Sebastián y otro en Pamplona, repelen la agresión hasta que, vencedor el partido absolutista, quedan estos Batallones prisioneros y son conducidos a Francia. Lo más extraordinario es que estos dos Batallones son precisamente los que no se habían adherido al Movimiento Constitucional; el ataque de los franceses les determinó e incluyó



Leonífero: se sustituye la bandera por un león de oro sobre un asta. El libro de la Constitución en sus garras.



Soldado del Regimiento de Sevilla, guerra de Africa (1862-1870).



en el partido opuesto al absolutismo. En vista de este acontecimiento, el Rey disuelve al Regimiento de Sevilla, licencia su tropa y los Jefes y Oficiales reciben la licencia ilimitada.

Comenzando el año 1847, el Regimiento de Sevilla, tan injustamente muerto y enterrado en los Archivos del Ministerio de la Guerra, resucita otra vez; no podía morir así un Cuerpo de tan brillante historia, no habiendo motivo para disolverlo; se organiza en Estella, y sale a operaciones en el año 1848 contra los Montemolinistas, que desde Francia vienen dispuestos a sentar en el Trono vacante a su candidato, el Conde de Montemolín; el Regimiento se basta solo para desbaratar la intentona, que se repite al año siguiente, con igual resultado, y según el General Urbiztondo (que había sido uno de los mejores Generales Carlistas), el comportamiento del Regimiento de Sevilla a sus órdenes no puede haberlo superado ningún Cuerpo por la habilidad, audacia y rapidez con que haciendo él único cerco alrededor de los invasores, no solamente hizo prisioneros al núcleo principal, sino que les cogió un verdadero botín de pertrechos, armas, municiones—todo de fabricación francesa—que estaba escondido en el inmenso bosque de Irati.

No ofrece particular interés el historial del Regimiento desde el año 47 a la segunda guerra civil; de guarnición en Zaragoza, tuvo la suerte de no padecer la indisciplina militar que sufrieron el Ejército de Cataluña y algunos Cuerpos de Navarra y las Vascongadas.

La segunda Guerra Carlista le cogió desde el principio al fin, asistiendo a todas las operaciones y batallas sangrientas; uno de sus más distinguidos episodios fué el en que brilló la conducta del Comandante Alaejos, que con tres Compañías del Regimiento se encontraba en Eraúl, pueblo sin defensa alguna y dominado por alturas cercanas; intimado a rendirse por el General Carlista Dorregaray, el Comandante Don Braulio García Alaejos contestó: —«Los soldados del Regimiento de Sevilla no se rinden; saben morir con honor, y cuando les faltan municiones emplean la punta de sus bayonetas».

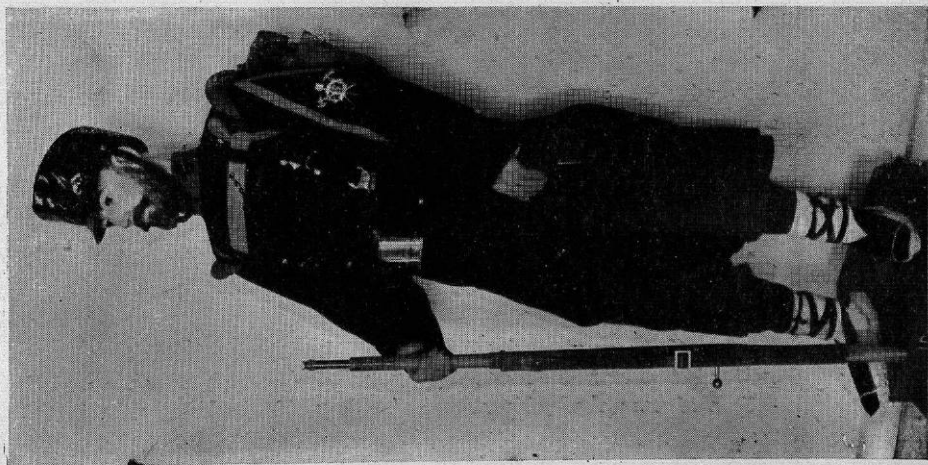
Dorregaray procedía del Ejército; había mandado de Teniente Coronel en la campaña de Africa, el Batallón de Cazadores de Arapiles, y se batía contra sus antiguos compañeros sin odio y con todas las cualidades de un caballero; envió al Comandante Alaejos una caja de cigarros puros y se retiró con su fuerza.

Durante los años de campaña no salió Sevilla del Norte, asistiendo a todos los hechos de armas: Murrieta, Irurzun, Puente la Reina, sitio de Tolosa, batallas de Velavieta, Monte Montañón, San Pedro Abanto, Monte Muro (en la que murió gloriosamente el Ca-

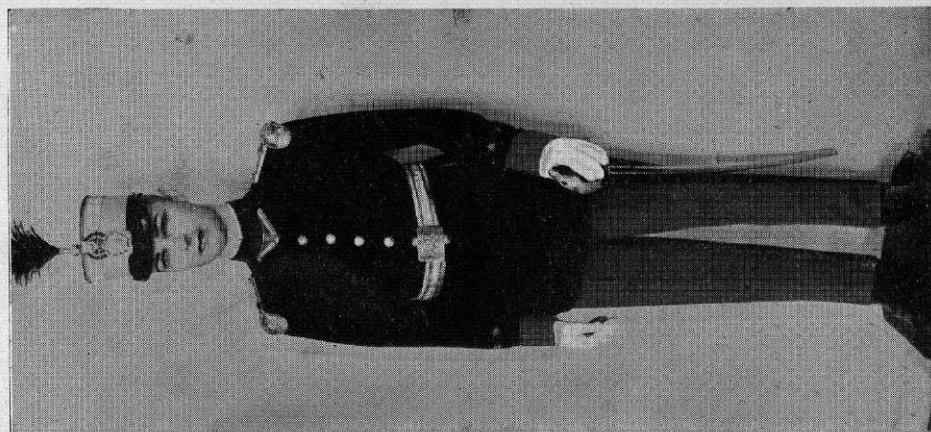
pitán General Marqués del Duero), Villa Tuerta, Oteiza, Miravalles y Oyarzun; en todas ellas se empleó por ambas partes la bayoneta con igual arrojo por Carlistas y Alfonsinos; el Regimiento de Sevilla consolidó su crédito y su fama en el Ejército.

Concluida la guerra entró en Madrid con el resto del Ejército, a cuya cabeza estaba el joven Rey Alfonso XII, dedicándose a la vida de guarnición en la Corte y pocos años después en la provincia de Murcia, destacado un Batallón en Cartagena. Hubo durante el lapso de tiempo entre la Guerra Carlista y la de Cuba bastante movimiento republicano; funcionaba una Sociedad secreta llamada Asociación Republicana Militar, que descubierta se encontraron ramificaciones en casi todos los Regimientos de todas las Armas, y Sevilla ofreció el espectáculo de ser de los contados Cuerpos en que no había representación de dicha Sociedad, que no era muy numerosa, pero como las nueces vacías hacía más ruido que las llenas.

Prodújose en Cuba una rebelión más fuerte que las tres que la habían precedido; cada Regimiento organizó un Batallón expedicionario, que fueron embarcando paulatinamente; en el mes de Febrero de 1896, el Presidente del Consejo, Don Antonio Cánovas del Castillo, cerciorado de que era necesario enviar a Cuba un General de distintos métodos que los anteriores y una política más fuerte que la seguida hasta entonces, confió el mando de la Isla a Don Valeriano Weiler, que allí marchó con treinta Batallones, entre los cuales iba el segundo del Regimiento de Sevilla. Conocida es la energía y actividad de dicho General, cuyo plan de dividir en zonas de operaciones todo el territorio y asignar a cada una las Columnas correspondientes, tocó al Batallón de Sevilla primeramente en la provincia de Matanzas, después en la de la Habana y por último formando parte de las tropas destinadas en La Trocha, Mariel y Majana, que dividía la provincia de Pinar del Río de mar a mar y cuyo objeto era bloquear las fuerzas insurrectas mandadas por Maceo y refugiadas en las montañas, de donde nunca pudieron ya salir. El sinnúmero de encuentros de más o menos importancia que en sus respectivas zonas y en la defensa de la Trocha tuvieron todos los Batallones, sería demasiado prolijo citar. Sevilla continuó en Cuba la brava tradición, unida constantemente a su glorioso nombre; pagó su tributo a la muerte, más por bajas de enfermedad que de acción de guerra, como todos los Cuerpos, pero la estancia en Pinar del Río extremó más el número de muertes por la fiebre amarilla endémica en dicha provincia; terminada la guerra por la intervención de los EE. UU., fueron repatriados todos los Batallones españoles, y es triste recordar que los transportes iban dejando en su travesía hacia España un reguero de hombres arroja-



Gastador del Regi-
miento de Sevilla,
año 1890.



Capitán del Regi-
miento de Sevilla,
año 1890.

dos al mar; Sevilla no había de ser la excepción en este terrible calvario de España.

En 1909 comenzó nuestra acción en Marruecos.

A todos los ciclos de operaciones asiste un Batallón del Regimiento de Sevilla, y en muchos de los combates se distingue y es citado en la Orden General del Ejército, especialmente en las difíciles circunstancias del año 1921, en el cual, operando en Melilla, ganó para su Bandera la Corbata de la Medalla Militar.

El advenimiento de la República le sorprende en la guarnición de Cartagena, y en las reformas del Ejército, que reduce la Infantería a la mitad del número de sus Regimientos, queda uno de los últimos conservando el número que ha llevado tantos años, el 33.

Se ignora, y no ha podido aclararse enteramente todavía, si en los prolegómenos de la explosión marxista el Regimiento se inclinó hacia el Gobierno o manifestó alguna hostilidad contra él; se sabe sí que la explosión marxista produjo el encarcelamiento y la muerte de casi toda la Oficialidad, secundando los intentos de los Oficiales de la Armada para contribuir al Glorioso Alzamiento Nacional; en la bibliografía pertinente a la revolución roja el nombre del Regimiento de Sevilla no se cita una sola vez, por lo cual hay que suponer que el Regimiento sería disuelto una vez presos en sus casas o en la calle los Oficiales e incorporado a las milicias populares, tal vez para formar alguno de aquellos Regimientos rojos que llevaban estrambóticos nombres; es posible que la Sargentería y alguna tropa en contacto con los Cuerpos subalternos de la Marina, tan contaminados de comunismo, se contagiaran de igual virus; en las listas de los militares y marinos asesinados dentro de los barcos que se habían habilitado para prisión figuran los nombres de muchos Jefes y Oficiales del Regimiento.

Lo que es indiscutible es que de no haber surgido en Cartagena la indecisión y la conducta extraña y partidista de su Gobernador Militar, el Regimiento de Sevilla se habría lanzado a la calle, porque así lo abona su historia inmaculada, que es muy triste encerrar en una nube intransparente; yo confío en que cuando se averigüe la tragedia que en su cuartel debió desarrollarse, se sabrá que la sangre de los Oficiales del Regimiento de Sevilla corrió tan generosamente como desde su creación había corrido sobre todos los campos de batalla.

La pérdida del Archivo y documentación del Regimiento de Sevilla es irremediable; con los retazos de noticias repartidos en diversos Organismos Oficiales he podido no reconstituir, sino esbo-

zar, un historial tan rico en heroísmo y tan cargado de gloria, de una manera indubitable en cuanto se consigna.

Han aportado a esta tarea sus documentos el Servicio Histórico Militar, el Archivo General Militar de Segovia y algunos Negociados del Ministerio del Ejército; la relación de los ocho mejores Coroneles que tuvo desde que fué Tercio de la Armada, hasta que llevó el nombre de Sevilla, sea el último párrafo de esta biografía, para que la gloria de estos nombres deshaga las nieblas en que acaba esta relación.

MAESTRES DE CAMPO

Don Pedro Paniagua, Marqués de Lanzarote.
Don Martín de Guzmán.

CORONELES

Don Juan Elguezabal.
Don José Bermúdez de Castro.
Don Carlos Nicolás Iglesias.
Don Luis Dabán.
Don Eugenio Quintero y
Don José Morales Plá.

NOMBRES QUE HA LLEVADO EL REGIMIENTO DE SEVILLA

<u>Año</u>	<u>Nombres</u>
1658.....	Tercio de la Armada.
1661.....	Provincial de Madrid.
1694.....	Tercio Viejo de «Los Colorados».
1707.....	Regimiento de Sevilla.

NUMEROS QUE HA TENIDO EN LA ESCALA GENERAL
DE LA INFANTERIA

<u>Año</u>	<u>Número</u>
1707.....	56
1718.....	16
1741.....	13
1769.....	11
1815.....	14
1823.....	26
1847.....	33
1939.....	40

UNIFORMES Y DIVISAS QUE HA USADO

<u>Año</u>	<u>Uniforme</u>	<u>Divisa</u>
1658	Casaca blanca	Roja
1664	Casaca blanca	Azul
1694	Casaca roja	Amarilla
1707	Casaca blanca	Negra
1717	Casaca blanca	Azul
1765	Casaca blanca	Negra
1766	Casaca blanca	Azul
1767	Casaca blanca	Negra
1802	Casaca celeste	Encarnada
1805	Casaca blanca	Negra
1812	Casaca celeste	Encarnada
1815	Casaca azul	Morada
1821	Casaca azul	Carmesí
1847	Casaca azul	Blanca
1851	Casaca azul	Encarnada
1860	Casaca azul	Amarilla
1870	Casaca azul	Azul
1880	Casaca azul	Encarnada

GENERAL BERMÚDEZ DE CASTRO